

“SUCIOS, FEOS Y MALOS”

(a propósito de *Códigos de la Cumbia Villera*¹)

Juan S. Pegoraro

(Instituto Gino Germani-UBA)

Publicado en Debate Revista Semanal de Opinión - 20-02-04.

No creo casual que en estos momentos en que los sectores medios parecen estar en el camino de recuperarse luego de haber perdido parte de su status social, se presenten voces condenando a los que permanecen en el infierno de la miseria, y con quien estuvieron mezclados en una ambigua alianza que se expresó en diciembre del 2001 y durante el 2002 con el cantito “con piquete y cacerola, la lucha es una sola”.

Los Piqueteros, los cartoneros, los marginales, los villeros, los excluidos en general no han sido ni son lo mismo pero han comenzado a ser señalados con un común denominador: incómodos, desagradables, vagos, desafiantes, peligrosos, y además se les atribuye una predisposición natural a la indigencia y a la ilegalidad. No son todos lo mismo, repito, pero por pertenencia a un similar status social una de las expresiones culturales que se les atribuye, genéricamente, es la “cumbia villera” en gran medida transformada por los medios de comunicación en un negocio manipulable y redituable por su difusión inocua en otros sectores. Sus letras, se dice, no asumen la moral social de la honradez (¿?) que le reclaman los sectores que se han salvado del naufragio social o que están aferrados a algún madero que los lleve a puerto. Es cierto que su deplorable calidad musical y también sus letras sucias, feas y procaces, no hablan del trabajo honrado, de la buena familia, de la casita de los viejos y tampoco del amor rosado de los boleros que canta Luis Miguel; no exaltan las “instituciones republicanas”, (porqué habrían de hacerlo?) ni

denuncian la opresión capitalista o el imperialismo e ingenuamente dicen que el poder es el dinero, o en algunos momentos las drogas y el sexo. Vaya esta ingenuidad, verdad?. Tampoco pregonan la revolución (¿?) aunque sí el “aguante”, esa solidaridad de espalda contra espalda que fuera blasón de gauchos “vagos y mal entretenidos” frente a la partida policial, honorable institución ya desde aquella época. También las mujeres tan veneradas por el tango, tan idealizadas por los blues, tan rescatadas por la militancia de los 60/70 en la cumbia villera son, dicen esas voces condenatorias, “objetos sexuales o mujeres fáciles”, con quienes pueden tener sexo sin amor, cosa, que como sabemos está vedada moralmente para las mujeres pobres, cuando lo hacen con pobres.

Las voces condenatorias de la “cumbia villera” patologizan sus letras y a sus cultores en la tradición de “La mala vida” de Eusebio Gómez a finales del siglo XIX que alertaba sobre conventillos, esquinas y lupanares donde los pobres e inmigrantes bailaban el tango (entre hombres) mientras la aristocracia negociaba dineros públicos. Aquella idealizada cultura popular del obrero urbano, del estibador portuario, del trabajador sindicalizado pertenecía a una pobreza se dice, de “hábitos moralmente correctos... digna, emprendedora, trabajadora, sana” y faltaría agregar, resignados y dóciles.

En vez estos, es verdad, son impresentables (no como aquellos amigos de Serrat que meaban en mitad de la vereda) impudorosos, groseros, drogones, amenazantes, violentos. Y por si fuera poco, la “cumbia villera” muestra como natural algo que para la santidad vernácula es sacrilegio y desviación: el niño ladrón o el pibe chorro, en vez de ser pudorosos como son los gestores del poder financiero. Quizás algunos piensan que la “cumbia villera” debería ser una actualización de La Marsellesa, y estos bailaneros una reencarnación del mito de los sans culottes de la Francia de 1789, hijos de padres que leyeron a Marcuse o

¹ Mariano Narodowski, en Clarín 28 de enero de 2004.

Kerouac y que estudiaron en colegios privados y ahora muchos de ellos, inexplicablemente, no trabajan, toman birra a toda hora, inhalan pegamento y “chorean”.

Que los villeros no van a generar ningún cambio social parece asombrar y ser el reproche por el incumplimiento de algún destino bíblico y no que su destino está marcado por la crueldad de la degradación impuesta por la exclusión, los índices de desocupación y las fábricas cerradas conjuntamente con las transferencias de dinero a las bancas off shore.

Entonces, ¿qué le reclaman estas voces a estos desesperados sociales? Dicen que las letras de la cumbia villera no pregonan el bien común como si esto fuera un mandato político sobre ellas, del que estarían exentas otras músicas como la tecno, la disco o la clásica; la “cumbia villera”, detestable en muchos aspectos, muestra a sus cultores como han sido producidos y socializados por este orden social, indudablemente de manera diferente de los “pibes fashion”. ¿Pero, no podrían preguntarse si estos “pibes fashion” no son acaso una mimesis, la cara especular de los “pibes chorros”?

Una sociedad que produce a los unos también produce a los otros y sus comportamientos con respecto al dinero, a la droga o al sexo no es distinto, aunque unos lo ejerzan en bailantas de la periferia urbana y otros en salones de Recoleta. El racismo que aflora al señalar una natural predisposición por parte de estos sectores a los comportamientos delictivos los acerca a reclamar una “solución final”; lo que les molesta no es que estén excluidos y marginados, sino que sean así.

Por otra parte es ingenuo pensar que una sociedad injusta tenga un código penal justo y una política penal moralmente ejemplar, no? Y creo que aquí se tiene que colocar una discusión en un marco sociológico sobre cierto imaginario colectivo y simbólico acerca de la sociedad que tenemos.

Centrar el repudio ante ciertos comportamientos de algunos pobres, desocupados, marginales, villeros, arrojados fuera de todo sistema de

protección social es como mínimo obsceno y delata la incomprensión de la realidad del ordenamiento social, cuando no la complicidad de esas voces con la política de exclusión y la brutal transferencia de ingresos a los sectores altos por medio del proceso de privatizaciones y la gestión del estado en la última década. ♣